

Paris 15 Mars 1842.

Je sais á peine l'espagnol, monsieur l'Abbé, et je ne puis juger que par une espèce d'instinct de votre belle poésie Vous m'avez fait trop d'honneur en traduisant les Martyrs, et vous leur aurez donné dans votre noble langue ce qui leur manque dans mon humble prose française.

Agreez je vous prie, monsieur l'Abbé, avec mes remerciement les plus sincères l'assurance de ma respectueuse considération.

CHATEAUBRIAND.

Paris 15 de Marzo de 1842.

Yo apenas conozco el español, señor Eclesiástico, y sola por una especie de instinto puedo juzgar de su bella poesía. V. me ha hecho demasiado honor en traducir los Mártires, y les habrá dado en su noble lengua lo que les falta en mi humilde prosa francesa.

Suplico admita V., señor Eclesiástico, con las mas sinceras gracias la seguridad de mi respetuosa consideración.

CHATEAUBRIAND.

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Esposicion.—Invocacion.—Familia de Homero.—Demódoco, último descendiente de los Homéridas, Sacerdote de Homero en el templo de este poeta sobre el monte Itómo.—Descripcion de la Mesina.—Demódoco consagra al culto de las Musas á su hija única Cimodocea por librarla de las persecuciones de Hierócles, pro-cónsul de la Acaya y favorito de Galerio.—Cimodocea va sola con su nodriza á la fiesta de Diana Limnátida: se extravía á la vuelta; encuentra un joven dormido á orillas de una fuente.—Eudoro la guia á su casa.—Marcha Demódoco con su hija á ofrecer sus dones á Eudoro y dar gracias á la familia de Lastenes.

CANTO I.

I.

No canto de guerreros las victorias
Que bañándose en sangre de inocentes,
Dejaron conservadas sus memorias
En el terror y espanto de las gentes.
De dos esposos mártires las glorias
Y el triunfo que en sus muertes eminentes
Contra el abismo obtuvo el pueblo santo,
Digno objeto serán de grave canto.

II.

Musa celeste cuyo sacro aliento
Inspiró al vate de Albion divino (1);
Tú que en la soledad tienes asiento,
Y en el Tabor habitas de continuo,
Desciende, ven, enséñame el acento
Con que sobre Sion lloró el destino
El cantor de los Trenos, ó á porfía
Dame del santo rey la melodía

III.

Y tú, Virgen del Pindo fabulosa,
Deidad de la mentira, cuya ciencia
De la muerte no ha sido poderosa
A hacer asunto serio; á competencia
Ven de la Musa sacra; y si engañosa
Algun tiempo agravaste su dolencia,
Si á abatirla llevaste tus deseos,
Aumenta hoy con tu ruina sus trofeos.

IV.

Principia y dime quien fué la doncella
Que unida en tierno lazo á un casto esposo,
Al martirio le sigue, y con él sella
El decreto que aclama victorioso
Al pueblo santo en la mortal querrela
Que Lucifer le tiene poderoso:
Tú lo puedes decir, pues en tu suelo
Brotó esta flor que fruto dió en el cielo.

V.

Demódoco era el vástago postrero
De la familia ilustre que tenia
En Quío el nombre del divino Homero.
Epícaris la ninfa que corria
Por el Táleo con aire mas ligero
Y en belleza y pudor sobresalia,
De sus padres en himen recibiera
Himeneo feliz si estable fuera.

VI.

Nueve veces la lur a iluminára
Los antros de los Dáctilos (2); seguida
Del caro esposo, Epícaris marchára
A mirar sus rebaños sobre el Ida.
Allí en la márgen de corriente clara,
Al padre de los Dioses ofrecida,
Cimodocea nace, mas de suerte
Que su vida á la madre da la muerte.

VII.

Así este mundo alterna la amargura
Con el placer, el llanto y la alegría:
Los menores asomos de ventura
Son síntomas que anuncian á porfía
Mayores males y de mayor dura.
Demódoco es la prueba, pues el dia
Que alegre ve nacer Cimodocea
Pierde lo que ama por lo que desea.

VIII.

En vano los augures favorable
De esta niña pronuncian el destino:
Demódoco, al dolor inconsolable
No mira ya las aguas del divino
Letêo sino con pena insoportable.
Con su hija en brazos pónese en camino,
Y á Júpiter Tonante haciendo venia,
Se dirige á las costas de Mesenia.

IX.

El meseniense pueblo acostumbrado
A la desgracia, acoge al descendiente
Del divino poeta entusiasmado.
Al sacro vate un templo en la pendiente
Del monte Itómo habian levantado
Que su renombre hiciera permanente.
A Demódoco buscan con anhelo
Para ser sacerdote de su Abuelo.

X.

La imágen del poeta representa
Un caudaloso rio, en cuyas ondas
Hinchen la urna otros rios, sin que sienta
Diminucion en sus corrientes hondas.
A la vista del templo se presenta
La célebre ciudad de Epaminondas,
Bañada por el Pámiso y Balira
En que perdiera Támiris su lira (3).

XI.

El monte, de florestas rodeado,
Domina una campiña dilatada,
En que crece el ciprés de Apolo amado,
Y la viña del olmo entrelazada.
El fresco valle, el flórido collado,
La vega de verdura matizada,
Los bosques convidando con su sombra
Se estienden como bella y ancha alfombra.

XII.

A lo lejos se avistan esparcidas
Varias ruinas de pueblos que existieron;
De Andania aquí murallas derruinadas
Que de Mérope triste el llanto oyeron;
De Trica allá columnas abatidas
Que estátuas de Esculapio sostuvieron;
Allí Feres, Steníclara y Gerenia,
Que fueron, y no son, en la Mesina.

XIII.

Mas lejos, á la parte del poniente,
El anchuroso mar una barrera
De cristal forma, azul y trasparente.
Al otro lado está la cordillera
De la Elide que se une hácia el oriente
Al Liceo y Taigetes; de manera
Que esta comarca encierra en sí la historia
De sus costumbres, fiestas y su gloria.

XIV.

En este ameno sitio retirado
Tres lustros ya Demódoco ofrecía
Las libaciones sacras. A su lado
La cándida Cimódoce crecía
Como jóven olivo que plantado
A orillas de la fuente, cada día
Riega y limpia el colono con desvelo,
Y el amor llega á ser de tierra y cielo.

XV.

Mas en tanto que el padre se dedica
A cultivar las gracias y el talento
Que al bello sexo eleva y deifica,
Una desgracia turba su contento;
Desgracia que le aqueja y mortifica,
Porque él fué, sin pensar, el instrumento,
Haciendo que á su hija siendo hermosa
Hierócles la desee por esposa.

XVI.

Hierócles, el malvado favorito
De Galerio, á Hierócles comparable;
Que no hay extraño crimen ni delito,
De que uno y otro no sea culpable;
De este horroroso monstruo el apetito,
Porque de Acaya el hado deplorable
Un romano Procónsul en él mira,
A esposo de la vírgen tierna aspira.

XVII.

Demódoco afligido, comprendiendo
Que el furor del Procónsul irritára
Su justa negativa, y conociendo
Que el tirano en los medios no repara
En saciar sus deseos, no pudiendo
De otro modo salvar su prenda cara
De este funesto amor que le estremece,
Al culto de las Musas su hija ofrece.

XVIII.

Cimodocea dócil aprendía
De su padre el deber del sacro oficio;
Ya á buscar la becerra que debía
Con su sangre volver al Dios propicio,
Ya á esparcir la cebada, y cada día
Disponer el debido sacrificio:
El la enseña también tocar la lira
Que al mortal infeliz pasma y admira.

XIX.

¡Cuántas veces los dos sobre un collado,
O á la orilla del mar, con armoniosos
Acuerdos repetían del sagrado
Abuelo los cantares cadenciosos!
El pueblo de Neptuno, arrebatado
Al escuchar sus cantos melodiosos,
A la ribera en turbas acudía,
Y á las olas con pena se volvía.

XX.

A estos varios encantos la doncella
Junta de la modestia el ascendiente,
Que mas que la hermosura la hace bella
Y realza su mérito eminente.
El trato de las musas causa en ella
Un aire de grandeza y continente
Tan noble y tan divino, que diria
Cualquiera ser Melpómene ó Talía.

XXI.

Una tarde del padre acompañada
Yendo á buscar el dicitamo sagrado,
En las vueltas del monte estraviada,
De repente aparece en un collado;
Sorprendido el pastor que en la llanada
Tranquilo apacentaba su ganado,
Uno á otro pregunta: "¿No observaste
A Nestor con la bella Policaste (4)?"

XXII.

En tanto de Diana se acercaba
La gran festividad y ceremonia,
Que con solemne pompa celebraba
El pueblo en los confines de Laconia.
Allí la ilustre Tébas ostentaba,
En competencia con Lacedomonia,
Su juventud lozana y escogida
En dos coros distintos repartida.

XXIII.

Para guiar el coro de doncellas
Los ancianos nombraban desde luego
La que era mas hermosa entre las bellas.
Semejante eleccion enciende el fuego
De ordinario, y provoca las querellas
Que de estos pueblos turban el sosiego:
Mas esta vez no hay uno que no elija
Del anciano Demódoco la hija.

XXIV.

La jóven profetisa comparece
Al frente de las vírgenes honestas,
Como cuando Diana se aparece
De sus ninfas seguida en las florestas:
Su rostro en fuego sacro resplandece,
Y con maneras nobles y modestas,
Respondiendo los jóvenes entona,
Los loores á la hija de Latona.

XXV.

"Cantemos, dice, con variado acento,
"Las alabanzas de la vírgen Diosa.
"Vos, Diana, tuvisteis nacimiento
"Bajo una palma en Delos la frondosa.
"Siete cisnes alados su contento
"Cantaron en su lengua melodiosa;
"Y en su memoria Apolo que lo admira,
"Puso las siete cuerdas á la lira.

XXVI.

“Vos amais los cristales de la fuente
“Y del bosque las verdes espesuras:
“Vos pasais del Algido eminente
“Y del fresco Erimanto las alturas.
“Escuchad nuestra voz propiciamente:
“A los jóvenes dad costumbres puras,
Reposo á la vejez, honor y ciencia
“De Nestor á la augusta descendencia.”

XXVII.

En acabando el himno, las doncellas
Ofrecen sus guirnaldas de laureles
A Diana Limnátida; tras de ellas
A su turno, presentan los donceles
Dorados arcos con aljabas bellas.
Una cierva despues de blancas pieles,
Signo de castidad, es ofrecida,
Y en paz la multitud fué despedida.

XXVIII.

La hija de Domócodo ocupada
Con objeto tan grave y eminente,
A su casa volvía, acompañada
De Eurimedusa sola. Dulce ambiente
Refrescaba la noche, iluminada
De claridad lijera y trasparente,
Con que la casta Diosa agradecía
El culto recibido en este día.

XXIX.

La vista del Taigetes presentaba
Un claro oscuro, blanco y deleitoso
Con las ondulaciones que formaba
En las ramas el céfiro amoroso.
Al lado opuesto el ancho mar brillaba,
Con plateada luz, magestuoso;
Al mismo tiempo que una flota Jonia
Iba á entrar en el puerto de Coronía.

XXX.

Cimódoce sus pasos dirigía
Por medio de estos sitios encantados:
Un sagrado temor la poseía;
Sus ojos vagueaban estraviados;
A cada movimiento hallar creía
Prodigios y misterios elevados:
Ya piensa ver á Apolo, ya á Diana,
O á Tétis de las ondas soberana.

XXXI.

Con estas ilusiones distraida,
Por el bosque camina á pié lijero;
Mas echando de ver que no es seguida
Del aya, y que del monte erró el sendero,
De súbito terror sobrecogida,
Al aire lanza un grito lastimero;
Mas el aire en los árboles se esconde,
Y el eco de su voz solo responde.

XXXH.

A los Dioses del bosque invoca luego,
Confando que vengan en su ayuda:
¡Inútil esperanza, vano ruego!
La sombría floresta sigue muda;
En todas partes reina igual sosiego.
La jóven profetisa ya no duda
Que todas las deidades invocadas
Estén de asuntos graves ocupadas.

XXVIII.

Mas cuando el ruido escucha de una fuente
Que algo lejos de allí se precipita,
Grata y dulce esperanza nuevamente
En su pecho renace; el paso agita,
Y caminando adonde el ruido siente,
De la Náyada sacra que allí habita
La ayuda y proteccion humilde implora.
Mientras la luz parece de la aurora.

XXXIV.

La fuente de un peñasco descendia
De frondosos laureles rodeado;
Encima de la roca se veia
Un altar á las ninfas consagrado,
Donde ofrendas y votos deponia
El viajante en los bosques estraviado.
Cimódoce al altar su brazo tiende,
Cuando otro nuevo objeto la sorprende.

XXXV.

Al lado de la peña reposaba
Un jóven en el sueño sumergido;
La cabeza en el pecho se inclinaba;
De una mano un lebrél tenia asido;
Con la otra en una lanza se apoyaba;
El astro de la noche esclarecido
Su rostro heria: bajo tal diseño
Apeles pinta de Endimion el sueño.

XXXVI.

Con efecto, la jóven profetisa
Cree ver al mortal favorecido
De la reina del bosque: una sonrisa
Piensa oír de la Diosa en el ruido
Que el zéfiro ha formado, y que divisa
En un rayo entre la hoja aparecido
La orla blanca del manto de Diana
De los castos amores soberana.

XXXVII.

En el momento teme haber turbado
Algún alto misterio, y medio muerta,
Creyendo que el lugar ha profanado,
Quiere volver atrás; pero no acierta;
Póstrase de rodillas á su lado;
El perro ladra, el cazador despierta:
“Perdon, esclama, ó Endimion divino,
“Perdona de una vírgen el destino.”